

# WAYARUMA

Aquel día sin nombre, Suyay avanzaba con paso tranquilo por el "gran camino". El Sol, aguardando con impaciencia su rutinaria siesta, mandaba con pocas ganas los últimos rayos del día, creando un hermoso juego de sombras entre la espesura del Amazonas. La muchacha de unos veinte años había salido a buscar algunas hierbas y flores para el chamán, pues tocaba celebrar *la noche del color*, y el gran mago no disponía de suficiente material para preparar los debidos colores.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando se topó con una extraña imagen que, todo hay que decirlo, le costó varios minutos descifrar. A sus ojos, un pequeño mono se encontraba delante de uno de esos "grandes animales" que manejaban *los hombres que no sonríen*. En realidad, la camioneta se había salido de la carretera y exhalaba humo desde el morro, el cual se encontraba completamente destrozado, clavado contra el tronco de una gran *lupuna*. La mayoría de las jaulas del remolque se habían roto a causa del accidente y los *micos* que no habían escapado tras el impacto, yacían desperdigados por todo el suelo o lapidados en los barrotes de sus propias jaulas de madera. Los cazadores blancos tampoco respiraban. Suyay miró incrédula al pequeño mono, quien le devolvió una mirada que en primera instancia le pareció una sonrisa, como si aquel pequeño superhéroe hubiese podido causar semejante estropicio. Pero no sonreía. Lloraba, y lo hacía mientras contemplaba el cuerpo inerte de su madre, inmóvil, tendido entre la triste mezcla de polvo y astillas, justo delante de él. La impotencia hizo que Suyay, con los ojos emanando lágrimas de rabia, se uniera al silencioso llanto del pequeño.

Por desgracia, lo ocurrido no era algo inusual por aquellas espesuras. Hacía algunos años que el hombre blanco (o *los hombres que no sonríen*, como decían en el Clan del Arcoiris) había llegado a aquel apartado lugar en las profundidades del Amazonas venezolano y todos trabajaban en equipo para exprimir al máximo los recursos de aquel pulmón terrestre: mientras los dientes de las motosierras comían el bosque y ahogaban el mundo, los cazadores furtivos aprovechaban la confusión y la estampida de los animales para cazarlos y darles una mejor vida entre los barrotes de los zos de EE.UU. y Europa o mandarlos a que decorasen con disecadas sonrisas los salones de ricos de todo el mundo.

Tras unos minutos estudiando el lugar, Suyay encontró un pequeño animal tendido en el suelo que nunca antes había visto y que, sin saberlo, estaba destinado a cambiar por completo su vida y la de su tribu con los acontecimientos que se precipitarían en los próximos días: se trataba

de un animal que, ante todo, era muy peculiar. No medía más de un palmo de largo y tenía unos cuatro dedos de ancho. Era bastante fino, como un dedo flaco, sin pelo y con una piel muy lisa, dura y casi completamente blanco, aunque en uno de los dos lados (pues la joven no adivinaba cuál de los dos era la panza y cuál la espalda) tenía una gran mancha negra, cuadrada, como el resto de su cuerpo. De no ser por cómo en un momento el animalito se movió (o vibró mejor dicho), Suyay juraría que estaba muerto: ¡no respiraba! ¿Podría ser, quizá, un gran bicho? ¿Un pez? ¿O era definitivamente una rata bastante plana, blanca, sin pelo y sin patas? No, no podía ser eso. Se hacía de noche mientras desesperaba por clasificar al animal, así que, al final, decidió cogerlo (no sin antes comprobar que era inofensivo con la ayuda de una herramienta global: un palo) y llevarlo al pueblo para que lo estudiaran los ojos más sabios que ella conocía: los de su madre.

El asunto del animal causó una gran expectación entre los cuarenta y tres miembros del Clan del Arcoíris (o Clan de *Wayrauma*, que literalmente significa "viento y agua"). Antes de la celebración de aquella noche, los más sabios del pueblo se reunieron para discutir a cerca de aquel extraño animal que había perturbado la vida del clan. Se congregaron en un círculo (con el animal en el medio) en el sagrado saliente de la "Cascada de *Wayrauma*" (a poca distancia del poblado) en el que habitaba la Diosa de mismo nombre, al igual que lo hacía en muchas otras cascadas como en las cercanas de *Iguazú*, y a la que en aquella ocasión le rendirían honor en la *noche del color* como todos las noches de luna llena y nueva, en la que los del clan se pintarían los dientes del color del *wayrauma* y, junto con los orangutanes que siempre acompañaban, reírían hasta más no poder, igual que lo hacía ella siempre que salía: con una sonrisa multicolor. Como era habitual entre "los hijos de *Wayaruma*", a la reunión acudieron en mayor medida las mujeres. Según sus creencias eran las mujeres las más sabias entre todos, pues de ellas emanaba la leche que daba la sabiduría y la vida a los niños (y no de los hombres, ya que su leche no servía para ese propósito como se había demostrado en tantas y tantas ocasiones en los fallidos intentos de algunos de ellos por contradecir la naturaleza mediante métodos no siempre agradables para los niños y niñas del clan). Fue la madre de Suyay, Duham, la que era considerada la más sabia de todas, y por lo tanto, la que en caso de desacuerdo decidía el destino del clan, quien tomó la palabra y explicó, con lo que parecían acertados argumentos, que el animal procedente de *los que no ríen* era un inusual pez. Pocos segundos después, el consejo de sabios entero se encontraba en una alborotada discusión en la que, al parecer, hablar más fuerte era sinónimo de más razonamiento. Casi habían llegado al *quórum* cuando la discusión tomó un giro inesperado: ¡el animal estaba cantando! ¡Pero lo más increíble de todo era que su mancha negra había cambiado de color! ¡Y varias veces además! Después de unos segundos, calló y volvió la mancha negra, y con ella, un silencioso suspense. Tras un largo rato de absoluto desconcierto, finalmente el valeroso Newen decidió tocarlo ¡y cuál no sería su sorpresa cuando el animal volvió a despertar y a cambiar de color, para volver, a continuación, de nuevo a su antiguo aspecto!

Costó cerca de una hora más de armonioso jolgorio decidir que el animal era nada más y nada menos que un extraño camaleón. La revolucionaria idea se le había ocurrido a Sami, por lo que fue a ella a quien se le adjudicó el cuidado del animal. Por fin dejaron a un lado el tema y

todos acudieron de prisa al chamán. Los cuarenta y tres hijos del iris pintaron sus dientes con los más diversos colores que el hechicero había estado preparando pacientemente, y después de que cada familia hubiese bajado de su casa (todas situadas en lo alto de los árboles) los manjares que aportarían al banquete, el clan acudió al pintoresco festejo que se celebraba cada catorce días en su pequeño mundo. Pero no todos acudieron. Sami llegó tarde al banquete, y lo que era más grave, sin haberse coloreado los dientes, quedando en ridícula evidencia ante el clan entero, lo que provocó una explosión de risa entre todos los miembros (y los amigos del bosque en consecuencia) que al día siguiente derivaría en una dolorosa resaca para los abdominales y mandíbulas de todos y todas. Pero los precavidos ojos de Duham estaban preocupados. La falta de la compañera no fue mera coincidencia: Sami se distrajo observando con demasiado entusiasmo el peculiar camaleón olvidando por completo el sagrado ritual, cosa que preocupó hondamente a la matriarca.

En los días venideros, Duham se dedicó a observar con sigilo de espía la conducta de todos los miembros del clan. La paz y la alegría reinantes cedieron el lugar a las broncas y la envidia, el mal humor derrocó al bueno, y el malestar general se alzó como nuevo amo del poblado. Y todo por culpa del camaleón: muchos criticaban a Sami porque había poseído el camaleón como si fuera de su propiedad, concepto que difícilmente entendían sus "atrasadas" mentes, lo que culminó en un robo nocturno del animal. Sami se despertó hecha una furia y el resto del día se dedicó a acusar a este y a esta otra del hurto cometido, aprovechando las acusaciones para sacar trapos sucios de todos, que no tardó en tener su respuesta, difuminada en todas direcciones. ¿Qué estaba pasando? Aquella sombría atmósfera no era conocida en el pueblo del color, los hijos del arcoíris pocas veces fruncían tan largamente los ceños hasta el punto de tener agujetas. Duham se dio a la reflexión, y no tardó demasiado en dar con una explicación coherente.

A falta de una noche y un día para la siguiente *noche del color*, Duham reunió a todos, hombres y mujeres. Con una retórica indígena digna de Séneca, la mujer habló por última vez ante su distinguido público:

-Os he reunido hoy aquí, hijos e hijas de *Wayaruma*, porque el espíritu de nuestra madre está huyendo de nuestras almas, de nuestros cuerpos y de nuestros ojos y bocas. Nos estamos marchitando a un ritmo angustioso, no siento el color en nosotros y veo sombrío a este pueblo. ¿Qué nos está pasando? ¿Por qué ya no reímos como lo hacían nuestros abuelos y abuelas hace muchos, muchos días, y como lo hacíamos nosotros hasta hace pocos? -Duham aguanto unos instantes hasta ver la culpabilidad reflejada en la cara de sus amigos- Yo os lo diré. El hombre de piel blanca, el que viene de lejos, el hombre al que *Wayaruma* le ha quitado la sonrisa por ser malo, por matar a los árboles y a nuestros hermanos del bosque con sus ruidosas hachas y cerbatanas, busca con una agotada esperanza la felicidad entre la maleza de estos bosques. Pero no puede encontrarla, no halla en ningún lado la alegría que un día perdió. Y como no puede oír nuestra música, quiere que paremos de bailar. Solo le queda el camino de la venganza. ¡Quiere arrastrarnos a su amargura porque su ilusión es nuestra desilusión! ¡Por eso *los hombres que no sonríen* nos han mandado a su maldito animal! El camaleón intenta imitar a *Wayaruma* cambiándose de color igual que ella. Y consiguieron engañarnos. Consiguieron que pensáramos

que el camaleón nos ayudaría a seguir sonriendo. Pero es mentira, nos la ha quitado. ¡Nos quieren arrebatarnos la alegría de vivir! ¡Creedme amigos, debemos devolverles la oscuridad que han traído y gritarles que no queremos su tristeza, que preferimos nuestros animales y nuestra humilde alegría! ¡No acallarán nuestro canto con sus gritos, no taparán nuestro ritmo con su ruido y no impondrán la oscuridad por encima de nuestros colores!

Para cuando Duhama acabó, Sami ya había traído el animal, que ahora veía con ojos de espanto, maldiciéndose por haber sido tan ciego. El chamán, tras unas palabras de disculpa hacia la madre de todos, se dispuso a atravesar con una mortífera daga la dura piel del animal, con la misma rabia con la que los aztecas lo hacían con los civilizados conquistadores Europeos. Pero para mortífera fue la sorpresa de todos al ver que del camaleón no salía ni gota de sangre, ni tripas, ni nada animal. El miedo se apoderó del clan que aquella noche poco durmió, y aún menos fueron los valientes que se acercaron al infernal camaleón.

Al día siguiente, un pequeño grupo de seis (Duham y Suyay entre ellos) bajó de la colina, donde se situaba el poblado, al encuentro del hombre que peleaba con el Amazonas. Tras unas pocas horas andando, finalmente llegaron al lugar de la "batalla" y vieron las hachas que desarbolaban el bosque, y a esos enormes animales que exhalaban humo. También a muchos hombres. Los hijos del iris centraron su atención en un pequeño grupo que talaba una gran palmera. Primero, al compás de un grito de guerra, lanzaron el dichoso camaleón (lo que al día siguiente apareció en la sección *qué mundo!* con el titular "*El Amazonas se defiende con uñas, dientes y...¿móviles?*"), cosa que extrañó enormemente a los leñadores que vieron volar aquel *Nokia*, seguido de algunas lanzas, flechas y demás palos. Pero no era la primera vez que la selva se defendía, y los trabajadores ya estaban preparados: tras unos primeros momentos de confusión, los leñadores dejaron las motosierras para agarrar las pistolas y devolver el ataque a los indígenas. Los hijos de *Wayaruma* se detuvieron al instante y comenzaron una sangrienta huida hacia la seguridad de la espesura en el que no todos pudieron correr lo suficiente. Una bala alcanzó la pierna de Duham, y otra, su costado. Se desplomó en el húmedo suelo cubierto de hojas con la cara envuelta en un dolor indescriptible y Suyay, que también corría por su vida, sintió la agonía de su madre, y dándose la vuelta, la vio por última vez. Intentó correr a su auxilio, a abrazarla, a dedicarle un último adiós, pero una mano amiga la salvó de su propia tragedia, de la repetida tragedia del hombre, tirando de ella y arrastrándola a toda velocidad hacia un lugar más seguro. Mientras las lágrimas volaban entre los árboles huyendo de una cara desencajada, a Suyay le pareció ver a un solitario *mico* que sollozaba silenciosamente su mismo dolor. Lloró Suyay, lloró el Amazonas, pero el mundo enmudeció, no dijo nada, como un padre que quiere esconder a sus hijos unos actos de los que se avergüenza. Y nada cambió, y todo siguió igual. Igual de bien para algunos, e igual de mal para la mayoría.

Aquella noche no hubo risas en el campamento, y los colores se secaron en sus propios cuencos. Nadie rindió honor a *Wayaruma*, conscientes de que ella también estaba triste por la pérdida de su hija. No, nadie cantó o bailó a la alegría, nadie durmió, y nadie rió aquella noche donde reinó con maldad la oscuridad y la negrura. Incluso los orangutanes callaron.

Pasaron dos días hasta que Suyay se despertó en su habitual cama verde, todavía doliéndose del *shock* sufrido. La actividad normal parecía haber vuelto al poblado, pero no era así, pues había en la atmosfera un sentimiento de tristeza general que tardaría en desaparecer. Tras llorar un buen rato más, como lo haría en los próximos días, Suyay bajó de su casa y se dirigió a hablar con el chamán, al que le pidió que invocara con todas sus fuerzas a *Wayaruma* para que estuviese presente en la última reunión que celebrarían en el Saliente, aquella misma noche. Como nueva líder del clan Suyay tomó la decisión que su madre temió que llegaría alguna vez: se marcharían de aquel lugar que un día había sido feliz. Hablaron todos y estuvieron tristemente de acuerdo en que aquel sitio ya no era seguro: el hombre blanco llegaría en no mucho tiempo en busca de la felicidad perdida, y lo mejor sería empezar una nueva vida, cerca de alguna cascada donde también viviese *Wayaruma*, más adentro en el Amazonas, lejos del hombre malo.

Se recogieron las pertenencias más importantes, los alimentos y el material para hacer las casas. Un aire de melancolía y desánimo se posó en los corazones de los miembros del clan, y algunos no pudieron evitar soltar alguna que otra lágrima al entender que el hogar que tantas historias y vivencias había visto, tantos amigos venir y tantos otros irse, quedaría atrás para siempre, inexistente para el mundo que algunos llaman justo, recordado únicamente en la memoria colectiva de las gentes de mil colores.

Aquella tarde, mientras los demás ya caminaban hacia una nueva vida, la joven muchacha se acercó al Saliente. El Sol parecía no tener prisa para dejar paso a la oscuridad por lo que un sentimiento positivo invadió a Suyay. Desde allí arriba podía contemplar la inmensidad del Amazonas, y en una lejanía cada vez más cercana, los engranajes del horror. El hombre que había olvidado sonreír buscaba la satisfacción destruyendo... buscaba la felicidad matando el árbol en lugar de admirarlo. Huía de sí mismo totalmente perdido. Y en ese momento, Suyay se supo superior a aquellos pobres locos que llamaban locos a su gente. No, no dejaría que le arrastraran a su destrucción, a su amargura e infelicidad y no dejaría que volvieran a quitarle la sonrisa. ¡Cantaría más fuerte, bailarían más intensamente y reiría con más ganas que nunca! Se oyó a un *mico* reír en la selva. Suyay sonrió, y sus dientes pintados se fundieron con el arcoíris en lo alto de aquella vieja colina. Al parecer, *Wayaruma* también sonreía en una explosión de colores, llena de vida.